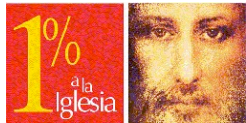


# TAN CLARO COMO QUE DOS Y DOS SON CUATRO

PBRO. JUAN BAGÁ BALLÚS



*¿Cómo nació este folleto? Me llamó un párroco para dar una charla para que sensibilizara sobre la “obligatoriedad” de cada cristiano a dar mensualmente el 1% de sus ingresos para que la Iglesia pueda mantener su infraestructura y actividad.*

Llego a la población y me bajo de la micro en el cruce de avenidas que me indicó el sacerdote y comienzo a andar hacia la calle cercana donde sé está, aunque no se ve aún, la iglesia parroquial.

## Casas y más casas

Algunos comercios y mujeres que entran y salen de ellos con bolsas más o menos llenas. Un pequeño supermercado, con estacionamiento, es el centro de compras más activo. Varios otros comercios de arriendo de películas, lavandería, farmacia, peluquería, paquetería y otros llenan la vereda frente al supermercado. La inmensa mayoría que frecuentan estos negocios son mujeres, niños y personas mayores. La mayoría de los hombres aún no han llegado pues salen más tarde de sus trabajos.



Pero ellos están presentes en el bolsillo, y creo que también en el corazón de sus señoras o hijos pues éstos compran gracias a que el trabajo de su marido o padre se convirtió en el dinero del sueldo recibido y que les permite comer, educar a los niños, comprarles ropa, cuidar su salud y tantas otras necesidades que tiene todo hogar. En verdad es muy importante el dinero suficiente para el funcionamiento del hogar.

Pensando en todo esto y caminando por la vereda empedrada, descubrí el campanario de la Parroquia y allí me dirigí para charlar con el sacerdote y amigo para esperar la hora de dar la charla a sus feligreses sobre el 1%.

La iglesia parroquial, llegada la hora, estaba llena. La cita había tenido éxito. Se notaba que la vida parroquial era activa pues cada pastoral: la prebautismal, de la confirmación, la liturgia, la catequesis, la de enfermos, la juvenil, etc. habían citado a sus integrantes.

Es muy frecuente el caso de personas que trabajan en la pastoral parroquial o el mismo párroco, a veces, y que no están inscritas entre los erogantes de su 1% mensual para la Iglesia.

En el pizarrón fui dibujando casitas y, en el centro, la iglesia con su campanario y con la casita del sacerdote a un lado de la iglesia.

Comentaba lo que había visto al llegar a la población: la gente que iba y venía; las bolsas con la mercadería; el trabajo remunerado que indicaban aquellas compras y, como ya estaban los hombres en la charla, sus cabezas se movían afirmativamente al afirmar que sus sueldos era los que dan seguridad en la mantención de su hogar. Eran familias vivas y, gracias a Dios, con un trabajo remunerado que infundía alegría y esperanza.

Parecía que la charla no iba a aportar mucho. Trataba cosas tan normales y diarias que no parecía descubrir nada nuevo. Pero, mirando al altar, vi que había una lucecita roja prendida cerca del sagrario. La iglesia donde estábamos reunidos estaba habitada; cuando no hay hostias consagradas, la luz se apaga. No queda nadie. Igual que las luces de la casa cuando se sale de ella. Jesús, pues, estaba con nosotros y, entonces, rezamos la oración que El nos enseñó: “Padre nuestro...”

El tema se iba complicando: a Dios lo llamábamos “Padre”. Con este título nos dijo que lo llamáramos el mismo Jesús. Y como El también lo llamaba “Padre”, resulta que nos hace ser hermanos de Jesús por adopción. Y que María, mamá de Jesús, se convierte, también, en nuestra madre. Y, por lo tanto, todos los que estábamos en la charla éramos hermanos ya que teníamos padre, madre y hermano comunes. Creer esto de verdad es muy, pero muy importante.

Resultaba que, al estar reunidos en esta casa grande que es el edificio de la parroquia, estábamos en “nuestra” casa familiar. Porque, supongo, que son familiares los que tiene el mismo padre y madre y que, lógicamente, donde viven es “su” casa. Y en esta “nuestra” casa familiar teníamos unos bonitos bancos donde estábamos sentados; las estufas calentaban el frío aire de la noche invernal; la lámpara iluminaban y un equipo de amplificación hacía más fácil que la voz llegara a los sentados en las últimas filas. En la iglesia había muchas cosas que habían costado harta plata, no digamos el altar, las imágenes, los ventanales, los cálices, etc.

Como la iglesia parroquial hacía ya muchos años que se había construido y equipado, ninguno de los presentes había contribuido a su edificación y amoblado.

Distinto de sus casas donde vivían en las que TODO lo que tenían les había costado, y mucho, el poderlo comprar. En aquella iglesia parroquial nosotros lo teníamos todo y no nos había costado nada. Que “casa” tan rara. Formo parte de esta “casa”, pues es de familiares míos, y no he tenido que aportar nada para que tenga lo que tiene. Raro.

Se descubrió, pues, la deuda que todos teníamos con la iglesia diocesana que construye iglesias y capillas en las nuevas poblaciones que van extendiendo la ciudad. Así lo había hecho la diócesis con nuestros antepasados que comenzaron a vivir allí.

Y vamos descubriendo más verdades.

Las cosas no se hacen solas: la organización de las diferentes pastorales; la cita a la charla a la que asistíamos; el contactarme para que diera el tema que estábamos tratando lo había hecho el párroco. El que vivía en la casa al lado de la Iglesia. Además varias parejas que asistían a la charla las había casado el mismo sacerdote; bautizado a sus hijos; asistido a enfermos y moribundos; celebrado sus funerales. Diariamente celebra allí la misa y varias el domingo para que todos puedan compartir el pan de la Eucaristía y la Palabra de la Biblia donde el Señor nos habla. Muchos habían recibido estos sacramentos en otras parroquias y dados por otros sacerdotes.

Unas hojas repartidas en las bancas daban cuenta de actividades realizadas y citaban a otras reuniones, jornadas y retiros. Parece que esta familia (pues recordemos que esto ha quedado claro al darnos cuenta que todos los presentes nos dirigimos al mismo ser cuando acudimos al padre, a la madre, al hermano) tiene también alguien que trabaja para que la "casa" (iglesia) vaya bien y tenga todo lo necesario. Cierto que el párroco nos ha llamado a todos para que le ayudemos y colaboremos en muchos apostolados. Sin duda que todo esto le exige al sacerdote trabajar harto.

¿Vivirá del aire del cielo el "curita" que tenemos como párroco? Y los feligreses ¿no somos los que le damos este trabajo?. Además, descubrimos que el sacerdote sabe mucho de Sagrada Escritura y Teología pues se nota cuando explica el evangelio de cada domingo. Claro, estudió muchos años en el Seminario. ¿Nada costaría edificar y mantener este centro de formación y estudio?

Y, además, no es fácil ser siempre un buen sacerdote. Se reúne una vez al mes con los otros sacerdotes para rezar, estar al día; para coordinar los apostolados. Una semana al año va a hacer un retiro espiritual, etc...

En verdad podemos decir: "tenemos un párroco a nuestro servicio". Y gratis. Raro.

Si nosotros no hemos participado en ninguno de estos gastos que descubrimos que son tantos y tan costosos señal que otros lo habrán hecho por nosotros. Pero no es justo.

Las sillas de nuestra casa, las camas, la ropa, la cocina, el agua, el gas, la electricidad, el teléfono.... todo es gasto y necesidad de disponer de dinero para enfrentar el hoy y el mañana. La casa parroquial también está conectada a las redes que distribuyen estos servicios. ¿Los tendrá gratis?

¡Cuan lógico nos parecer ahora, el ver que es nuestra responsabilidad el asumir el costo que origina tenerle una digna casa a Jesús, y al sacerdote que por El trabaja y a El dedica su vida sirviendo a todos nosotros en la atención espiritual. Nos hace despertar nuestro espíritu social en el servicio a la comunidad, en el acompañamiento de las personas desde su bautismo hasta su sepultura pidiendo por ellas con la oración que reconforta y llena de esperanza a los que quedamos!

Cuántas cosas más podríamos decir si ampliáramos nuestra mirada a toda la acción asistencial de la iglesia diocesana: casas de acogida para los niños abandonados, los jóvenes drogadictos, los hospicios de los ancianos pobres. Todo lo que significa el apostolado con la juventud en los colegios y universidades; la organización de las marchas a Santa Teresita de los Andes o a la tumba del P. Hurtado. La catequesis y los libros que se usan para la formación de los niños y su familia; etc. etc.

Toda la inmensa actividad de la iglesia la sentiré más mía si participo en su financiación con mi aporte metódico, mensual, de entregar mi 1% de las entradas que tengo por mi trabajo, por todos los ingresos que tengo de los bienes que poseo y me aportan una renta.

Son tan diversas las necesidades de unas parroquias con otras. Unas están en las zonas ricas y otras en las pobres. Y la Iglesia tiene que velar por todas ellas. Por esto tiene que haber, también, una verdadera comunión del 1% para llegar a todos.

Los que creemos de verdad en este tema del 1% nos parece que debería caer por su peso el inscribirnos entre los católicos responsables que dan su 1% para el mantenimiento de nuestra casa, de nuestra familia, que tiene, como todas las casas, aspectos que me gustan i quizás otros que no, pero es la mía, es mi iglesia.



**No lo deje para mañana. Obras son amores y no buenas razones.**

**Sinceramente, creo que el que descubre que por ser cristiano forma parte de esta iglesia diocesana y queda insensible a hacerse corresponsable en solucionar sus necesidades, debería repensar profundamente el contenido de su doctrina cristiana y los antitestimonios que entrega con su conducta. Es para pensarlo.**